

Literatura, cuerpo y psicoanálisis: el deseo inventa su propia escritura¹

Trinidad Avaria² y Carolina Besoain³

Colectivo Trenza



Resumen

Este escrito aborda el problema del yo, pero busca una respuesta (desarticulada, casi como apuntes de lo que acontece) más allá del psicoanálisis y sus teorías. Proponemos el decir como una inevitable posición ética universal, y el decir femenino como una escritura particular en la que el deseo encuentra su singularidad. Como todo arte, la literatura es una forma de figurar, de encontrarse con aquello universal que nos hace humanos, y a la vez, con lo propio que nos convierte en sujetos éticos y eróticos.

Palabras clave: deseo, cuerpo, literatura, yo.

¹ Este texto recoge las reflexiones generadas en la primera versión, dictada el primer semestre de 2021, del Taller de Lectura "Deseo, cuerpo y escritura" del Colectivo Trenza: Clínica, Psicoanálisis y Género.

² Trinidad Avaria es Psicóloga de la Universidad Católica de Chile, Magíster en Psicología Clínica de la Universidad de Chile e integrante del Colectivo Trenza: clínica, psicoanálisis y género. Mail: triniavaria@gmail.com

³ Carolina Besoain es Psicóloga y Doctora en Psicología de la Universidad Católica de Chile, e integrante del Colectivo Trenza: clínica, psicoanálisis y género. Mail: carolina.besoain.psicóloga@gmail.com

Introducción

¿Dónde mira el psicoanálisis cuando se encuentra con lo que no tiene representación en sus teorías? ¿Cómo abordar nuestro presente tan abrumador? Lo abrumador nos parece un buen estímulo para comenzar este escrito. Como señala Avgi Saketopolou (2014) la tarea analítica implica atender a lo abrumador y el desconcierto en la relación con el propio cuerpo, abriendo espacio para figurar y luego simbolizar. Esto es, hallar alguna alineación o figura para la relación entre las formas del cuerpo y el cuerpo sentido. Porque como la autora señala, el cuerpo que uno tiene necesita ser conocido para que luego, cuando sea necesario, eventualmente, sea abandonado, o no.

Esta pregunta gatilló en nosotras una búsqueda y una constatación. Dice Margerite Duras (2019) en el comienzo de su libro “El dolor”: “El dolor es una de las cosas más importantes de mi vida. La palabra «escrito» no resulta adecuada. Me he encontrado ante páginas regularmente llenas de una letra pequeña extraordinariamente regular y serena. Me he encontrado ante un desorden fenomenal de pensamientos y sentimientos que no me he atrevido a tocar y comparado con el cual la literatura me ha avergonzado” (p. 11-12).

Las analistas trabajamos con el dolor -ese borde de lo decible que nos asoma a lo real, como el sexo y la muerte- y a veces, como Duras, hemos sentido vergüenza de nuestros escritos teóricos. Entonces, en la literatura -y en la escritura- hemos hallado un respiro. En estos días pandémicos respirar no está garantizado. Es un don que hemos de cuidar. Creemos que la literatura es un laboratorio de la vida, y hoy nos está haciendo falta vida, una ventana hacia el exterior para que haya aire fresco en medio de este encierro.

Proponemos que el reencuentro de lo propio del cuerpo y el deseo, con lo universal de la literatura ofrece un lugar paradójico desde donde ser parte de lo humano, sin perder una posición ética como sujeto particular.

El yo y la escritura

En la concepción psicoanalítica del yo nos encontramos con un sujeto que está dividido, que tiene un carácter profundamente inesencial. El yo señala una

presencia de algo que es real, pero por medio de una ausencia. Lacan (2003) lo diría así: la cosa debe perderse para poder ser representada. Cuando hablamos de yo (o de cualquier pronombre) estamos hablando de una presencia, pero también de algo que se escapa, lo que da origen a la palabra, al predicado del sujeto.

Así mismo, la relación entre autor y narrador no es una relación de transparencia o de equivalencia que pudiera salvarse de la misma escisión a la que el yo está suscrito. Tal como no hay relación de equivalencia entre el sujeto y el yo autor, tampoco la habrá nunca entre el autor y el narrador, incluso en la autobiografía o las escrituras del yo. La palabra, aún en primera persona, al mismo tiempo que dice, oculta; la escritura narra, pero también nos deja en suspenso. Es una presencia hecha de ausencia, es la ausencia misma lo que se nombra (Lacan, 2003). El yo o el nombre propio cumple la función de asegurar la representación simbólica del sujeto en el discurso, lo que genera una paradoja: eso que hace aparecer al sujeto en la escritura, en el habla y en la narración -el yo- al mismo tiempo aliena y funciona como una máscara que lo oculta de sí mismo (Arfuch, 2007).

Es lo que Marguerite Duras (1994) señala en *Escribir*. “Estoy sola en mi casa para escribir, para escribir no como lo había hecho hasta entonces, sino para escribir libros que yo aún desconocía y que nadie había planeado nunca. Ahí escribí *El arrebató de Lol V. Stein* y *El vicecónsul* y luego, después de esos, otros, y comprendí que yo era una persona sola con mi escritura, muy lejos de todo” (p.15). Duras es efecto de su escritura, escribe y luego existe: escribe palabras que le dan su existencia y, al mismo tiempo, la velan y la sitúan en un lugar lejos de todo.

Lo mismo con el yo psicoanalítico. Desde el psicoanálisis el “yo” cobra sentido a posteriori, al modo de una puntada hacia atrás, un hilván respecto de otro significante. Nunca es causa, siempre es efecto, y precisa de otro significante para conseguir su sentido. Su temporalidad no es causal lineal, sino más bien la del *apres-coup* freudiano. Es preciso un segundo tiempo para que advenga el sentido. Como señala Silvia Bleichmar (2011), el gran descubrimiento del

psicoanálisis es que es posible que exista un pensamiento que antecede al sujeto, completamente descentrado, respecto del cual el sujeto deberá hacer un trabajo de apropiación que le tomará toda su vida.

Por eso Marguerite Duras (1994) puede decir que desconoce absolutamente qué va a escribir al escribir, aunque al mismo tiempo se siente apoderada por algo que debe ser dicho. Dice: “Nunca he escrito un libro que no fuera ya una razón de ser mientras lo escribía, había una razón de ser; sin embargo, esa razón de ser no se revela sino hasta el final” (p. 32).

Así, la escritura del yo es un proceso de ficción y de autoficcionalización, y en ese sentido podemos decir que la literatura y la vida no son tan diferentes. La literatura nos instala de frente a la relación entre la vida y la palabra. La palabra es escurridiza, es ausencia, es falla, pero a la vez es aquello que nos ata a la vida. Marguerite Duras (1994) lo escribe magistralmente: “Hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total, y descubrir que sólo la escritura te salvará” (p.22).

En este punto la palabra y la literatura cobran una dimensión ética, ya que la literatura se trata de ese derecho a decir, que Duras va a señalar como “absolutamente ignorado por las mujeres” (p.22). Aquí la Duras coincide con Virginia Woolf (2004), quién en su ensayo *Un cuarto propio*, da cuenta de lo difícil que ha sido para las mujeres la escritura. Un derecho a decir equivale al derecho a devenir sujeto, a tomar la palabra para tomar posición, es decir, responder a los modos en los que hemos sido inscritas y nombradas. Y, sobre todo, tomar posición respecto de nuestro propio decir.

Respecto a las relaciones de literatura y vida, Paul Ricoeur (2009) nos dice que no tenemos ninguna posibilidad de acceso a los dramas de la existencia por fuera de las historias, contadas por otros o por nosotros mismos; es más, el tiempo mismo se torna humano en la medida que es articulado sobre un modo narrativo. El tiempo humano existe porque existe la narración, así accedemos los seres humanos a los dramas de la temporalidad. Para Ricoeur (2008) la narración es la forma por excelencia de estructuración de la vida misma: la vida tiene la estructura de la ficción.

En la clínica psicoanalítica estamos justamente en ese trabajo. Es la gran pregunta que se hace Hannah Arendt (2010) en *La condición humana*: cómo devenimos alguien. El quién de una vida, dice Arendt, es la historia de una vida, es la historia de alguien que se hace agente de un acto. El análisis se trata justamente de habilitar o restituir la capacidad de un sujeto de autorizarse a tomar posición -posición y posesión- de su propia vida, al mismo tiempo que sabemos que no es posible, que vivimos en una escena dividida, que nunca somos totalmente dueñas ni amas, pero, sin embargo, tenemos derecho a decir.

Literatura y deseo

No hay vida sin deseo de vivir, sabemos eso, y ese deseo se va urdiendo en esas palabras que nos nombraron y que al nombrarnos nos afiliaron a esos otros que nos precedieron y conforman nuestra cadena significativa. Para vivir, alguien tuvo que habernos nombrado. Es eso lo que Anne Dufourmantelle (2018) nos recuerda en ese precioso libro que se llama *En caso de amor*: que nacemos acordonados como los alpinistas, venimos del enlace, y ese primer enlace que nos habilitó a la vida es eso que llamamos amor. Entonces, cada libro está atravesado por algunos deseos, y cada deseo inventa su propia escritura, que es una manera de darse vida, de atarse a la vida. El deseo es un permanente desconocido para nosotros y aparece tanto como se nos oculta.

Así como Freud (2008) descubriera en los sueños la vía regia para acceder al inconsciente, Marguerite Duras (1994) va a decir que es la escritura la vía regia a lo desconocido que uno lleva en sí mismo. En *Escribir* a propósito de la escritura y de la duda, dice: “En la vida llega un momento, y creo que es fatal, al que no se puede escapar, en que todo se pone en duda; el matrimonio, los amigos, sobre todo los amigos de la pareja, el hijo no, el hijo nunca se pone en duda. Y esa duda crece alrededor de uno, esa duda está sola, es la de la soledad, ha nacido de ella, de la soledad. Ya podemos nombrar la palabra. Creo que mucha gente no podría soportar lo que digo, huirían. De ahí quizás, que no todo hombre sea un escritor. Sí. Eso es. Es esa la diferencia. Esa es la verdad, no hay otra, la duda es escribir, por tanto, es el escritor. La duda es el escritor” (p. 23-24).

Nos parece interesante, a propósito de la encrucijada clínica o psicoanalítica, cierto diálogo que se podría hacer entre el momento de la escritura y el momento del análisis. Tal como no sabemos nada de lo que vamos a decir en una sesión de análisis, la escritura es algo que ocurre y nos toma. En el alma del oficio analítico se propone esta misma relación con la palabra. Estar en análisis es, de alguna manera, tratar de hilar alguna historia, encontrar algún tipo de sentido, un sentido que se nos pierde, que se nos contradice, que a veces no encontramos y a veces nos encontramos enfrentados con el absurdo. Como en la escritura misma y también en la lectura. No entendemos todo lo que leemos, y, sin embargo, nos permitimos eso como lectores, a los escritores se les permite eso.

A la literatura no se le exige la coherencia que se le pide a la filosofía o a la teoría psicoanalítica, puede decir algo sin que sepamos bien qué está diciendo, y eso permite también una apertura a la escucha, a quien lee, al lector. Es un movimiento hacia la indeterminación, lo mismo que una interpretación analítica. La interpretación no se explica, una interpretación que uno tiene que explicar, falló. Una interpretación se corrobora por sus efectos, y el efecto de interpretación no es entender, todo lo contrario.

Marguerite Duras, como Annie Ernaux y Anaïs Nin, entre otras, no escriben desde la erudición, no son mujeres que se planteen que hayan tenido que leerse todo y estudiarlo todo, no son Joyce, no son Samuel Beckett, no tienen ese rasgo obsesivo de tener que haber abarcarlo todo para autorizarse a decir algo. También se autorizan desde esta posición femenina, que es un poco como la posición de lo anónimo. Pero ellas firman con su nombre y desde ese lugar escriben.

Nos parece importante recalcar esto porque nos lleva de nuevo a la posición ética: la del sujeto. No se trata solamente de que la palabra nos permite acceder a la vida y a la temporalidad. Como señala Mijaíl Bajtín (2008) el lenguaje siempre es una respuesta, la palabra siempre es una respuesta que está en referencia a otro. Entonces, si pensamos el hablar, escribir y leer como acontecimientos narrativos que nos provocan una respuesta, es que también aparecemos como sujetos éticos en esa respuesta. Incluso, para Bajtín no existía la autoría como posibilidad.

Julia Kristeva (1969), quien llevó a Bajtín al circuito cultural francés y europeo, tradujo como *intertextualidad* esta condición del discurso: nadie está diciendo nada original, todo lo que decimos ya lo dijo alguien más, es una respuesta a algo que alguien más ya dijo. Bajtín plantea que lo único que nosotros podemos hacer son modulaciones. Así, la respuesta tiene que ver con la posibilidad de darnos existencia como sujetos, en una manera de estilizar la palabra. Por eso el estilo narrativo y la manera en la que se escribe es tan importante en la literatura: no importan sólo las historias sino cómo esas historias son contadas.

Un deseo que se escribe a sí mismo

Tal como se pregunta Diamela Eltit (2020), ¿por qué sigue existiendo la literatura si finalmente todo ya lo escribieron los griegos? Todo está escrito y sin embargo, desde los griegos hasta ahora seguimos escribiendo y seguimos leyendo. ¿Por qué? ¿Cómo es que no se ha acabado la literatura? La respuesta, justamente, es que lo que importa es el cómo de la escritura. Nos hacemos sujetos en esa manera de estilizar, como agentes en esa respuesta. Para Bajtín (2008) esa respuesta siempre es una respuesta que está éticamente situada, es valorativa y siempre está atravesada por los contextos ideológicos, sociales y políticos. La palabra, entonces, siempre está cargada, nunca hay una palabra neutral. Entonces, la posibilidad de hablar, de decir, de escribir y de leer es también la posibilidad de hacernos de una ética, de convertirnos en sujetos éticos; estar en el lenguaje nos posiciona, y es parte del trabajo de la vida apropiarnos de esa posición.

Proponemos entonces la literatura como un gran laboratorio de la vida, porque leer no es solamente una experiencia estética sino también una experiencia ética, en tanto nos refiere a acciones y vidas posibles: nos apreciamos a nosotros mismos y a nuestra propia vida a través de la vida de los otros. Es la cualidad contemplativa de la lectura: cuando miramos una obra y nos podemos reconocer como si la vida del otro fuese un espejo.

Una obra de arte que realmente consigue esa categoría tiene esa cualidad, cobra cierta autonomía del artista. Ya no es solamente la experiencia de alguien que está contando de su vida, tampoco es solamente nuestra experiencia de estar escuchando, leyendo o admirando una obra -yo singular-, sino que aparece un nosotros que vuelve a esa obra una experiencia universal.

Es lo que Annie Ernaux (2001) dice con impresionante exactitud en su libro "El acontecimiento": "Y quizás, el verdadero objetivo de mi vida sea este, que mi cuerpo, mis sensaciones y mis pensamientos se conviertan en escritura, es decir, en algo inteligible y general, y que mi existencia pase a disolverse completamente en la cabeza y en la vida de los otros" (p. 114-115) . Esa es, justamente, la experiencia de universalidad a la que apelamos en este escrito, una universalidad que permite que el deseo encuentre su propia escritura.

Sin embargo, la experiencia de lo universal no basta. Así como el reencuentro con lo humano aparece en el arte y en la literatura para dar cuenta de ese yo que siempre es otro, el ejercicio de la escritura nos propone al mismo tiempo una investigación sobre lo más propio y singular de nuestra existencia: nuestro cuerpo. Laplanche (1987) señala que cuando en la adultez vuelve a aparecer algo del instinto, va a encontrar que el deseo ya ocupó esa silla.

Nuestro cuerpo ya está hablado por el deseo, no hay forma de dar cuenta a lo real de la sensorialidad si no es por las palabras, que, como planteamos, siempre nos son ajenas. Sin embargo, el erotismo, supone una paradoja específica que nos sitúa en un lugar privilegiado y a la vez paradójal. Para Bataille (1997) el erotismo es la aceptación de la vida hasta en la muerte, es la transgresión que confirma la ley, es el retorno de lo animal que eleva la civilización a lo humano.

Si alguna autora dedicó su vida al erotismo y a la investigación sobre el propio cuerpo fue Anaïs Nin. La Nin (2018) nos propone una tarea: "Si seguimos estudiando la sensualidad de las mujeres nos encontramos con que en última instancia no hay generalizaciones, que hay tantos tipos de mujeres como mujeres mismas. Hay un punto en común: que la literatura erótica escrita por hombres no satisface a todas las mujeres y que es tiempo de que escribamos nuestra propia

literatura (...) Esta es la excitante aventura en la que nos encontramos hoy en día: cuestionar todas las historias, las estadísticas, confesiones, autobiografías y biografías para crear nuestro propio patrón individual”.

Desde esta paradoja entonces proponemos una posibilidad para la figuración, una posibilidad que es anterior a las teorías, que se inscribe en nuestro cuerpo: reencontrarnos con las palabras que nos preceden, pero permitir que el deseo encuentre su propia escritura.

Referencias Bibliográficas

- Arendt, H. (2010). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (2008). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bataille, G. (1997) *El Erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Bleichmar, S. (2011). *La construcción del sujeto ético. Parte I*. Buenos Aires: Paidós.
- Dufourmantelle, A. (2018). *En caso de amor. Psicopatología de la vida amorosa*. Buenos Aires: Nocturna Editora.
- Duras, M. (1994). *Escribir*. Barcelona: Tusquets.
- Eltit, D. (2020). *Comunicación Personal*. 30 de julio de 2020.
- Ernaux, A. (2019) *El Acontecimiento*. Barcelona: Tusquets
- Freud, S. (2008). La interpretación de los sueños. En Stachey (Ed.) *Tomo IV*. Buenos Aires: Amorrortu
- Kristeva, J. (1969). La palabra, el diálogo y la novela. En J. Kristeva, *Semiótica 1* (pp. 187-225). Caracas: Editorial Fundamentos.
- Nin, A. (1998) El erotismo en las mujeres. Un ensayo. En <https://malsalvaje.com/2018/01/25/erotismo-las-mujeres-ensayo-anais-nin/#:~:text=Ambos%20est%C3%A1n%20combinados%20en%20la,es%20dictado%20por%20el%20amor>.
- Lacan, J. (2003). *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI

- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ricoeur, P. (2009). *Tiempo y narración. Tomo III*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Saketopoulou, A. (2014). Mourning the Body as Bedrock: developmental considerations in treating transsexual patients analytically. *Journal of the American Psychoanalytical Association* 62 (5), p. 773-806.
- Woolf, V. (2004). *A room of one's own*. London: Penguin Books.